

FRANCISCO AYALA, ESCRITOR PÚBLICO*

Santos Juliá

“Ha sido la mía una larga vida de escritor público”, dejó escrito Francisco Ayala en 1990, cuando se asomaba al final del siglo; “he sido escritor público a lo largo de toda mi vida”, repetía tres lustros después, cuando abrigaba “la esperanza de alcanzar a cumplir la edad de cien años”. Larga vida, pues, la suya desarrollando, como dice, “sin profesionalidad”, sin haber convertido nunca su incesante actividad de escritor público en un *modus vivendi*, sin someter su escritura a exigencias ajenas a su pensamiento. Escribía porque desde su primera juventud sintió la pulsión de la pluma y encontró muy rápidamente, en aquella ciudad excitante para toda suerte de jóvenes literatos que era el Madrid de la segunda y tercera décadas del siglo XX, puertas abiertas y caminos despejados para encontrarse con un público lector. Todo lo que vino después, la “entonces obligada estación en Alemania”, las oposiciones a cátedra de derecho político y a letrado de las Cortes de la República, la dedicación a la sociología y las diversas docencias en Buenos Aires, Puerto Rico, Nueva York o Chicago, no hizo más que confirmar en su empeño y diversificar en sus intereses al escritor público que fue en su juventud y con el que se volvió a encontrar en el momento de su definitivo retorno a Madrid, al piso de Marqués de Cubas en el que transcurrió, con estancias de diferente duración en tierras de América, el último y largo tramo de su vida.

¿Recordaba Francisco Ayala lo que Mariano José de Larra había escrito siglo y medio antes? Seguramente, porque con aquella identidad reivindicada cuando estaba a punto de cumplir los cien años, Ayala culminaba una vida dedicada a la tarea que Larra había establecido en 1836 para el escritor público

* Publicado como prólogo a Francisco Ayala, *Obras Completas*, VI. *De vuelta en casa. Colaboraciones en prensa, 1976-2005*, Barcelona, Círculo de Lectores, 2013, pp. 17-44.

cuando afirmaba que aquel que alguna vez echó sobre sus hombros la responsabilidad de ilustrar a sus conciudadanos, “debe insistir [...] debe apelar, debe protestar, no debe perdonar medio ni fatiga para hacerse oír”. Y algo de cumplimiento de esos deberes rezuman los artículos recogidos en este volumen que se dirían, a primera vista, escritos por un hombre cargado, sí, de las más diversas, traumáticas, aunque también en su caso enriquecedoras, experiencias –una guerra civil, un interminable exilio-, pero de cabeza juvenil y de fresca escritura, rebosante de vitalidad, dispuesto a gozar del presente, abierto al futuro; lleno de memoria y vacío de nostalgias; con una gran y muy variada obra –de sociología, de derecho político, de creación y crítica literaria, de periodismo- a sus espaldas, y dispuesto a emprender nuevas batallas, siempre, como también lo decía Larra, con la vista clavada en el gran libro del mundo y de la experiencia, siempre con la pluma en la mano¹.

Este escritor público, lleno de experiencias y memorias, pero abierto al mundo y al futuro, acababa de cumplir los setenta años de edad cuando iniciaba sus colaboraciones en periódicos y revistas de la misma capital a la que había llegado con dieciséis y abandonado recién cumplidos los treinta años. De aquel Madrid de su adolescencia y juventud, tantas veces por él revisitado, tantas veces evocado como un paraíso, no quedaba nada, como había podido comprobar desde 1960, pero a diferencia de otros exiliados, él nunca se rebeló contra la realidad en nombre del pasado mítico ni de utopías soñadas, nunca sacudió el polvo de sus sandalias cuando llegaba la hora de despedirse de amigos y conocidos rumbo de nuevo a América. Y no porque no hubiera sentido como el que más la terrible amputación sufrida por aquella ciudad, sino porque todo su trabajo como escritor público, como intelectual, se sostenía en el investigador, el académico, el científico político, el sociólogo que siempre fue, alguien que nunca confundía la realidad con la ficción, ni ponía esta al servicio de aquella, cada vez que se sentía requerido por la exigencia de comprender, interpretar y explicar lo que ocurría en su mundo, a su alrededor, comprometerse en su construcción y, llegado el caso, acudir a su defensa.

¹ Mariano José de Larra, “*El ministerio de Mendizábal*. Folleto, por don José Espronceda”, 6 de mayo de 1836, en *Obras*, Madrid, Atlas, 1960, vol. II, pp. 214-216

POLÍTICA Y LITERATURA

Quizá por todo eso, su actitud hacia las transformaciones que experimentaba la sociedad, la cultura y la moral pública de sus conciudadanos en los últimos años de la dictadura fue la de intentar comprender qué estaba ocurriendo, no simplemente maldecir airado lo que había ocurrido. En este sentido, que no es exactamente el mismo, sino uno derivado de lo que él entiende al identificarse como escritor público, Ayala fue también un “escritor anómalo”, porque nunca dudó en interrumpir su actividad de creador de ficciones para enfrentarse a los problemas que la realidad planteaba, en ocasiones imprimiendo a su vida un giro radical, comprometiendo toda su persona con esa realidad que le reclamaba. Si en 1929 escribía que en España había sonado la hora constituyente, como argumentó en un artículo para la revista *Atlántico*², dejaba de lado, o suspendía, su vocación a la novela para preparar oposiciones a letrado de unas Cortes que habrían de elaborar la nueva Constitución; y si en 1936 la República, asaltada por sus enemigos internos y bombardeada por sus enemigos del exterior, reclamaba todas las manos disponibles en la tarea de su defensa, no dudaba en interrumpir un largo viaje por América para regresar a España, presentarse al gobierno legítimo y ponerse a su servicio.

Ponerse él, no poner su obra como escritor. Es en esta rotunda negativa a confundir política y literatura, donde radica una de las claves que permite entender la sorprendente continuidad que va de aquel joven que se iniciaba como literato e intelectual en el Madrid de la década de 1920 hasta el nonagenario que volvía a identificar en el Madrid del año 2000 lo que él era entonces, y lo que había sido durante toda su vida, como escritor público. Ayala lo tuvo meridiana y muy precozmente claro desde el principio y hasta el final, desde que respondió a la encuesta sobre literatura y política que *La Gaceta Literaria* inició en 1928 hasta que un lector de *El País* le remitió, en enero de 1991, una fotocopia de sus respuestas admirado de que la actitud entonces defendida –“¡hace más de sesenta años, y pese a cuanto ha llovido y diluviado desde entonces!”, comenta Ayala- fuera idéntica a la que mantenía en sus

² Francisco Ayala, “Hora constituyente”, *Atlántico*, 5 de septiembre de 1929, pp. 8-9.

opiniones de prensa, bien cumplidos sus ochenta. Una auténtica marca que muy pocos –bien mirado, ninguno- de los intelectuales españoles de su generación, ni de la anterior, y menos aún de la siguiente (muy aplicada en borrar las huellas de sus compromisos políticos durante la guerra y la posguerra), podrían mostrar después de haber atravesado todas las tormentas del siglo y que Ayala alcanzó porque siempre se mantuvo fiel a lo que había respondido a la encuesta de *La Gaceta* poco antes de cumplir los 22 años de su edad.

¿Debe intervenir la política en la literatura? era la primera pregunta de *La Gaceta*, y la respuesta fue muy singular para un escritor tan joven y en un tiempo en el que la mayoría de sus compañeros y amigos de aventuras literarias sentían la urgencia de poner la pluma al servicio de las ideas, como dijo uno de ellos, yéndose a los extremos. Ayala contesta rápido: “si por intervenir la política en la literatura se entiende que el escritor haga política en su obra literaria, me parece muy mal, una mixtificación insoportable”. Pero a la siguiente pregunta, ¿siente usted la política? contestó con un rotundo: “Sí. Siento con gran intensidad la política”. Y para que no quedaran dudas, remachaba: “un intelectual no puede eludir un deber de atención a la política, lo que no se le puede pedir es que esa atención sea la preferente, ni menos que escriba sobre el asunto”³. De manera que con esa neta distinción entre literatura y política, proclamada en sus años mozos y mantenida hasta su última edad, no buscaba Ayala un refugio ni una coartada para desentenderse de la política, menos aún para desdeñarla desde una reluciente torre de marfil. Sintió con idéntica pasión la literatura y la política y tanto las sintió que nunca se le ocurrió fundirlas en una sola, siempre quiso mantenerlas separadas: haría literatura y haría política, pero lo que nunca haría sería literatura política o política con la literatura.

Precoz como fue en todo, comenzó a identificarse como un liberal en los momentos finales de la dictadura de Primo de Rivera, cuando la seducción por el Estado fuerte hacía estragos en Europa. Lo encontramos entre los firmantes de una especie de carta manifiesto dirigida en abril de 1929 a José Ortega y Gasset, a quien había tratado ya en la tertulia de *Revista de Occidente* y en la redacción de *El Sol*, por veinticinco jóvenes intelectuales ofreciéndole la dirección política de lo que definían como “un grupo de genérico y resuelto

³ “Una encuesta a la juventud”, *La Gaceta Literaria*, 1 de enero de 1928, p. 3.

liberalismo”. Allí están, entre otros, José Díaz Fernández y Antonio Espina, Federico García Lorca y Pedro Salinas, Manuel Chaves Nogales y Benjamín Jarnés, Ramón J. Sender y Luis García de Valdeavellano, jóvenes que en años sucesivos emprenderán caminos divergentes pero que en 1929 pretendían empujar a Ortega para que ejerciera de guía y les condujera a definir sus actitudes políticas y salir del apoliticismo, de ese apartamiento que les había llevado, como decían en su escrito, a desentenderse de los más hondos problemas de la vida española.

El apoliticismo, el desinterés o desapego hacia la política, considerada como baja tarea propia de vejestorios, había caracterizado a la juventud que en los primeros años veinte se había apuntado a la visión del arte por el arte, aquel arte deshumanizado propuesto por Ortega como signo de las vanguardias. Pero cuando la década iba vencida, todo ese mundo comenzó a sentir las tensiones del cambio que se avecinaba, que ellos percibían en el aire de los tiempos. Los intentos de Primo de Rivera de institucionalizar la dictadura por medio de una Asamblea nacional, y consolidar así como régimen lo que se había entendido como paréntesis, como una fórmula temporal, despertaron la oposición de un sector del movimiento socialista y obrero, pero también de la clase media, de intelectuales y, de manera muy viva, de un emergente movimiento de estudiantes universitarios. La sociedad, especialmente las principales capitales, había experimentado cambios notables desde el fin de la Gran Guerra y Ayala será testigo lúcido de que finalmente España salía del “arrabal inerte” en el que había dormitado durante siglos. Las ciudades habían crecido, desbordando sus viejos límites, una masiva emigración rural se había asentado en sus extrarradios miserables; el periodo de crecimiento desbocado, de orgía constructora, como se decía, comenzaba a agotarse; los sindicatos reiniciaban sus movilizaciones, los estudiantes salían a la calle; el pueblo, como recordará María Zambrano, mostraba su rostro y alzaba su voz

Y aquellos jóvenes intelectuales de genérico y resuelto liberalismo abrieron sus oídos, según la imagen de Alberti, a palabras antes desconocidas: democracia, república, fascismo, comunismo. Ayala, como la mayor parte de los miembros de su generación, se sintió impelido a definirse, palabra de moda en los medios periodísticos e intelectuales de Madrid cuando agonizaba la dictadura del general Primo de Rivera, convertida en una obligación durante la

“dictablanda” del general Berenguer. “Definirse, como reclama el hombre de la calle, con misterioso presentimiento de la eficacia de la definición, es lo preciso en nuestros días”, escriben los jóvenes que sacan a la calle *Nosotros*, semanario político de Historia Nueva. Definirse, cuando los jóvenes se dirigían a Ortega en abril de 1929 todavía no afectaba al régimen, sino a actitudes políticas, a salir del apoliticismo. Pero nada más comenzar el año 1930, con la caída del dictador, definirse quiere decir que es preciso manifestarse por la república o por la monarquía. La política lo absorbe todo, escribe Rafael Cansinos-Assens, el pueblo se ha plantado y “la frase hoy de moda es la de que “hay que definirse”, hay que decir claramente si se está o no con la Monarquía o en contra de ella”⁴.

Definirse, pues, adquiriría para aquellos jóvenes intelectuales un doble sentido que tenía que ver con la relación de la literatura con la política y con la opción por la república contra la monarquía. Y muy pronto, cuando apenas comienza la nueva década, ante el general declive del liberalismo, la crisis del capitalismo y la agonía de la cultura burguesa, no sólo habrá que elegir entre Italia, como Giménez Caballero, o Rusia, como Alberti, por el fascismo o por el comunismo, sino que será preciso además convertir la obra literaria en arma de combate. Para qué sirve la literatura era la pregunta que retumbaba en todos los oídos y a la que se sentían urgidos a responder los jóvenes literatos con su obra y con su persona: ser comunista o fascista exigía escribir como comunista o fascista. Era, por tanto, comprometerse con una opción de totalidad: poner la vida y la obra al servicio de una causa, la del pueblo, la del proletariado, la del Estado. En la derecha y en la izquierda, el liberalismo se convirtió de pronto en una alternativa caduca, falta de energía, de vigor, de la violencia que requería el parto del nuevo mundo que se avecinaba. Aquellos amigos que solo pocos meses antes podían firmar el mismo manifiesto, emprenden ahora caminos divergentes. Unos optan por el comunismo o, más genéricamente, por la causa del pueblo; otros van hacia el fascismo, fascinados por el Estado fuerte, forjador de la nación; muy pocos se quedan en la democracia, menos aún en el liberalismo.

Francisco Ayala mantiene, sin embargo, una posición muy personal, compartida por un pequeño grupo de colegas generacionales, por Antonio

⁴ En *La novela de un literato*, Madrid, Alianza, 1995, vol. 3, p. 248.

Espina y José Díaz Fernández muy notablemente, aunque sostenida en él por un sentido de la historia y del Estado no habitual entre los jóvenes escritores de su generación y que le separa de la izquierda socialista o comunista y más aun de quienes se dirigen hacia el fascismo: su experiencia alemana lo inocula contra esa pasión; pero si no va hacia los extremos, tampoco mira hacia atrás como los que proponen la vuelta a la Constitución de 1876 para poner fin a la dictadura. Sin despreciar lo que aquella Constitución aportó durante sus primeras décadas de vida al equilibrio político, y atribuyendo todo su valor a la sociedad liberal en la que había germinado su primera obra, Ayala afirma que es imposible que las aguas corrientes retrocedan. Estamos, dice, en una hora constituyente. Tras la dictadura, España necesita una nueva constitución que responda al avance de las instituciones democráticas acorde con las grandes transformaciones experimentadas por las sociedades europeas. Esa constitución ¿podía salir de la misma monarquía o exigía la instauración de una república? ¿Quién debía resolver esa hora constituyente? Tal será el problema que se plantee con creciente agudeza cuando en noviembre de 1929 sale para Berlín, colabora en *Política* y deja su testimonio sobre la irrupción del partido nazi a la vez que adquiere la obligada familiaridad con el idioma alemán y traduce a Carl Schmitt.

Fue esta primera inmersión en la ciencia política y en la sociología lo que le llevó a apreciar el valor y el lugar de la Constitución como suprema norma jurídica. Se diría, con todo, que Ayala quiere mantener esa doble atracción por la literatura y la política que ya había manifestado en sus años mozos. 1930 es año particularmente notable en su producción literaria hasta que, tras publicar *Cazador en el alba*, el literato calla y comienza a hablar el pensador preocupado por los problemas políticos, las cuestiones sociales y la construcción del Estado que aborda siempre con una amplia mirada hacia la historia. Solo que a diferencia de las retóricas sobre la decadencia y la diferencia españolas, o sobre la vieja España que agoniza y la nueva España que despierta, Ayala habla de procesos sociales, de emergencia de nuevas clases, de la formación de naciones y de las constituciones de los Estados, como productos históricos relacionados entre sí de tal manera que al Estado liberal corresponde una sociedad burguesa en una cultura nacional. Es preciso recalcar este original marco de pensamiento porque es en él donde se fundamenta, por una parte, su doble opción por la república sobre la monarquía y por la democracia sobre la revolución, y que le

permite, por otra, sortear todas las trampas tendidas por el célebre problema de España a sucesivas generaciones de intelectuales, desde las gentes del 98 hasta los vencedores de la guerra civil pasando por los que sufrieron la derrota, o sea, de todos los que alimentaron las retóricas de la anomalía, el dolor y el fracaso de España.

Literato capaz de tomar distancia de la ficción para ocuparse de derecho político; liberal y demócrata capaz de bajar del cielo de las ideas para definirse por la República e incorporarse al partido político que lidera Manuel Azaña; miembro activo en grupos y tertulias que preserva siempre un ámbito de libertad y autonomía individual; y, sobre todo, alguien que se ha definido políticamente sin por eso renunciar a su identidad como escritor público, como observador crítico de la realidad: fue esa capacidad de tomar distancia con el presente aun en los momentos en que el presente estallaba preñado de futuro, lo que explica que en la tarde del 14 de abril de 1931, cuando sus amigos, alborozados, se empeñaban una vez y otra en adornarle la solapa con uno de los lacitos o escarapelas republicanas que de pronto aparecieron distribuidos por doquier, él se apresuraba a desprenderse discretamente de la insignia. Lo explicará muchos años después: “nunca me han gustado las etiquetas; siempre me he resistido a cualquier marchamo o catalogación”⁵.

El impulso que le llevó a quitarse de la solapa la banderita republicana que sus entusiastas amigos le habían prendido en medio de la general euforia del 14 de abril de 1931 es de la misma índole que el motivo que le decidió a interrumpir un viaje de conferencias por América para regresar “fuese como fuese a la Península” nada más recibir las noticias de la rebelión militar de julio de 1936. En el primer caso, le sobraba el entusiasmo para definirse por la República y participar como letrado de las Cortes en los trabajos conducentes a la elaboración de la Constitución; en el segundo, no había lugar para la duda a la hora de ponerse al servicio de la defensa de la República contra el ataque de sus enemigos del interior y del exterior; en ninguno de los dos quedaba un hueco para la literatura. Y entre los dos acabaron por convertirlo en un intelectual o un escritor que él consideraba “anómalo” aunque en realidad era un adelantado a su tiempo, el intelectual de la sociedad democrática, el observador

⁵ “De república, académicos y vejestorios”, *El País*, 23 de diciembre de 1996.

comprometido con la verdad de que hablará Raymond Aron y que cuando suena la hora de la verdad no vacila en trasmutarse en el intelectual *engagé* con una causa de que hablará Jean Paul Sartre, con una diferencia: nunca pondrá la literatura al servicio de la política.

ESPAÑOL EN AMÉRICA

Si eso era una anomalía, lo fue de modo perdurable porque del mismo modo que nunca se dejó contagiar por el entusiasmo de la proclamación de la República hasta el punto de salir cantando por las calles enarbolando su bandera o luciendo su enseña, tampoco sintió la derrota de la República y la condena al exilio como una destrucción de su ser. La razón que le ayudó a sobreponerse a la derrota de la República, al fusilamiento por los rebeldes de su padre y de uno de sus hermanos, y que le salvará de hundirse en la pesadumbre de la lejanía cuando se identifique como “español en América”, será la misma que le llevó a salvaguardar su identidad como escritor público cuando puso su persona al servicio a la República. Y la sirvió porque así lo decidió en cada caso, como miembro de Izquierda Republicana, como letrado en las Cortes constituyentes y, durante la guerra, como primer secretario de la Legación de la República en Praga, a propuesta de quien había sido su maestro en la Facultad de Derecho y presidente de la Comisión constitucional, Luis Jiménez de Asúa.

Su compromiso con la República fue, pues, profundo, sin reservas, pero duró lo que la misma República, hasta la derrota final; jamás se contó entre la fantasmal tercera España ni entre quienes pugnaron por mantener las instituciones republicanas. Nunca abdicó en el exilio de aquella convicción que, cuando joven, manifestó a los redactores de *La Gaceta Literaria*: una cosa es la política, otra la literatura, a lo que bien pudo añadir, y otra la tarea como investigador de la política o como científico social, áreas de su muy arraigado interés que encontrarán nuevos campos por los que expandirse en los años de su docencia universitaria en tierras de América. Tal vez fuera esa extraordinaria capacidad para mantener la autonomía de su creación literaria y de su dedicación a la ciencia social respecto a su permanente pasión por la política lo que haya mantenido siempre alerta su mirada, dotada para ver cosas que a

otros, tan sobrados de nostalgia como faltos de realismo, les estaban vedadas. Y es ahí también donde habría que buscar esa especie de consigna o de programa de vida que consistió en “enfrentar los hechos tal cual son, sin ilusionismos de ninguna especie, pero también sin que produzca desmayo su mal cariz”⁶.

Es claro que, lejos de España, esa mirada no podía dejar de proyectarse hacia el pasado a partir de una reflexión sobre el presente, como por lo demás fue la norma entre intelectuales españoles en los años cuarenta, ya fueran los que, del lado de los vencedores, no dejaron de dar vueltas al problema de España, trasmutado desde 1948 en la España como problema de Pedro Laín o la España sin problema de Rafael Calvo Serer; ya los que, del lado de los vencidos, intentaron en el exilio dar con la clave del ser España y de la razón de su tragedia: la realidad histórica de España de Américo Castro frente a la España como enigma histórico de Claudio Sánchez-Albornoz. Lo original en la lúcida mirada de Francisco Ayala no consistió en una aportación más a esos debates sino, de nuevo, en adelantarse a su tiempo rompiendo el marco en el que esa clase de disputas era no solo posible, sino obligada. A Ayala no le interesó nada participar en lo que definió como “rebusca apasionada de la esencia española” y, menos aún, en la confección de cualquier lista de cualidades, valores o actitudes que formarían un supuesto “carácter nacional”. Lo que a él le interesa, por ser un científico social y un escritor público, pero también, o sobre todo, por ser como es, un intelectual que preserva su obra de inmediatas servidumbres políticas, capaz por tanto de tomar distancias también de aquello a lo que ha servido y con lo que se ha comprometido, es comprender el proceso histórico desde la realidad presente, la de un español en América, con el propósito de atisbar caminos de otro futuro para España.

Cómo fue posible que alguien que no era un historiador profesional dinamitara las bases sobre las que historiadores profesionales venían debatiendo sobre el ser de España es cuestión que nos llevaría lejos. Pero una cosa es clara en el exilio de Francisco Ayala: la sorprendente simultaneidad de su creación literaria con su obra como científico social y político, sus ensayos sobre liberalismo, su reiterada pregunta sobre el papel del escritor, sus evocaciones de gentes a las que conoció y trató y, en fin, su reflexión sobre

⁶ *De la preocupación de España* [1961], en vol. V de estas *Obras Completas*, p. 861.

España. “En todo cuanto he producido en el campo de la invención literaria hay un fondo sociológico larvado”, me dijo en cierta ocasión⁷. Desde luego, así es, y también valdría decirlo a la inversa: en todo lo que ha producido de política y sociología hay un fondo literario larvado, una práctica de la escritura, vista de un lado o del otro, que le permitirá irrumpir en los debates sobre el ser de España y su trágico destino con una proposición original: el problema español es un producto cultural, dotado por tanto de historicidad.

Y así, mientras los más destacados literatos y ensayistas de las generaciones del 98 y del 14 y los muy encumbrados historiadores del Centro de Estudios Históricos que compartieron su mirada, andaban doloridos y un punto desesperados en busca del auténtico del ser de España, Ayala solo pretendía indagar en un hecho histórico que define como excentricidad de la cultura española respecto a la europea occidental a partir de la Contrarreforma. Con esta inversión de la mirada, el problema español deja de ser una cuestión metahistórica de la se derivaba una especie de ontología sobre el ser de los españoles o una banal psicología sobre el carácter español. Con Ayala, y años antes de que Julio Caro Baroja o José Antonio Maravall recorrieran caminos semejantes, el problema de España se define como el de una cultura que por un determinado acontecimiento histórico se queda al margen de lo que Manuel Azaña llamaba la corriente general de la civilización europea, manteniendo formas de vida no exactamente atrasadas, sino como paralizadas en el tiempo; o como volverá a decirlo en 1976, una sociedad “aislada y puesta a hibernar dentro de una arcaizante, seca y dura caparazón intelectual y política que, sin embargo, se transformaba calladamente en una moderna sociedad industrial comparable a la de los demás países del occidente europeo”⁸.

A la mirada esencialista, de origen romántico, sobre la nación, a ese hábito de ver a España con los ojos de Mérimée, Ayala opuso, pues, a partir de su experiencias vitales en el Madrid de la dictadura, de la República y la guerra, confirmadas luego y ampliadas en los años de exilio desde Buenos Aires, Puerto Rico, Nueva York y Chicago, una visión sociológica con la que pretendía sacar a

⁷ "Intelectuales y política. Diálogo con Francisco Ayala" *Claves de Razón Práctica*, 26 (octubre 1992), pp. 44-53.

⁸ “España a la fecha / y 5. Nacionalismo y federalismo, *El País*, 21 de noviembre de 1976”.

España de su condición excéntrica, “al margen de proceso histórico” del orden europeo y mundial, para situarla en el “campo de la historia general”. Porque había crecido en una ciudad que atravesaba una profunda transformación demográfica, social, cultural, y porque no tenía la mirada nublada por ninguna especie de nacionalismo romántico, Ayala pudo percibir que en la España marginada de su juventud ocurrían cosas similares a la experimentadas en diversos Estados europeos desde principios del siglo anterior. No anduvo, pues, nunca a la búsqueda de una diferencia esencial, sino de la constatación de aquello en que la sociedad española había evolucionado en las últimas décadas según pautas propias de las europeas. Se comprende la reacción de los historiadores profesionales al habérselas con este tipo de explicaciones del pasado. Sánchez Albornoz replicó airado y Castro no fue menos despectivo al sentir calificadas sus grandes obras como ejemplos de esencialismo romántico, que en el caso de Américo Castro habría sido expulsado por la puerta para retornar triunfante por la ventana de su morada vital y en el de Albornoz habría impregnado desde su mismo punto de partida las lucubraciones sobre el enigma español.

Para lo que aquí interesa, si las obras de Sánchez Albornoz y de Castro se encaminaban a dar razón de una fatalidad, de una especie de destino, el de la guerra civil, la reflexión sociohistórica de Ayala estaba construida para dar cuenta de algo que ocurrió, la guerra civil, pero que muy bien pudo no haber ocurrido, la guerra civil; en resumen, para levantar del pasado la losa de la fatalidad. Y fue su experiencia de la República como culminación de un periodo histórico de progresiva ampliación del liberalismo y de la democracia, sobre la base de una sociedad en transformación, lo que le permitió romper el marco de la interpretación de su presente como destino inevitable: la rebelión militar no era la única posible salida a los conflictos planteados en la España en 1936; y puesto que los militares decidieron sublevarse, al fracasar en su propósito, el resultado de su acción no tenía que haber conducido necesariamente a una guerra civil de tres años que solo llegó a ocurrir por la intervención de Alemania e Italia ante la pasividad de Francia y Gran Bretaña. Ese fue el argumento en sus debates de los años cuarenta y ese fue el argumento que amplió en 1961, en un primer debate con Dionisio Ridruejo, que había publicado en *The Atlantic Monthly* un artículo titulado con la pregunta que ya para entonces comenzaba a

inquietar a las elites políticas e intelectuales de España y que desde mediados de esa década se hará célebre, cuando el “After Franco, what?” de Ridruejo se retraduzca por el “Después de Franco, ¿qué?”, de Santiago Carrillo⁹.

En este comentario a Ridruejo, Ayala discute los efectos deformadores derivados de la simplificación *ex post facto* por la que una complicadísima trama de una realidad pretérita se reduce a las líneas que prosperaron en el terreno de los hechos, clásico argumento determinista que reduce las posibilidades abiertas en un momento de tiempo a las realmente realizadas en el siguiente. Le interesa a Ayala, al tomar nota de lo escrito por Ridruejo, subrayar que en la situación de 1936 estaba contenida también la posibilidad de que el péndulo de la política española redujera su oscilación a medidas soportables de una normalidad constitucional, un pensamiento al que volverá en varias ocasiones para reafirmar su visión de la República, “acontecimiento de la más profunda y feliz significación para nuestra vida nacional” como una posibilidad abierta, frustrada en última instancia no tanto por la rebelión militar, que fracasó en su propósito de conquistar el poder, como por la irrupción en España, a bordo de tanques y aviones, de las estrategias de las grandes potencias.

Como era obligado en el nuevo marco sociohistórico que tiene en Francisco Ayala su primer y más lúcido exponente, el triunfo de los sublevados no podía ser interpretado como una continuación de la reciente historia de España con la consiguiente transformación de los derrotados en la anti-España que era preciso exterminar, sino como una irreparable cesura, un terrible corte o, más exactamente, una amputación que arrasaba aquella maravillosa floración surgida en tiempos de la monarquía y del liberalismo. En el orden cultural – como ocurrió en el político y en el social- el nuevo poder erigido sobre las ruinas de la guerra no continuaba nada sino que destruyó y aniquiló todo lo construido hasta 1936, en tiempos de la monarquía y la República. Los intelectuales que permanecieron en España son también exiliados de sus propias raíces, cortados del pasado: lo que para los exiliados era ausencia se convertía en encierro y aislamiento para quienes permanecieron dentro, en una asfixiante atmósfera

⁹ Dionisio Ridruejo, “After Franco, what?”, *The Atlantic*, enero de 1961, pp. 81-86. El comentario de Ayala a este artículo puede verse en estas *Obras Completas*, vol. 5, pp. 851-859.

espiritual, en el “llamado exilio interior”¹⁰. Todos los escritores viven hoy en el exilio, había escrito ya en 1948 cuando, reunido con unos amigos, repasaba una colección de la memorable revista *España* y se preguntaba dónde podrían publicarse hoy en día cosas tales y en un tono semejante. En ninguna parte, desde luego. Y sin embargo, había que seguir escribiendo y publicando, y Ayala lo hará, manteniéndose siempre fiel a su vocación de escritor público, para volver a pensar sobre nuevas bases y ya no como exiliado la reciente historia de España, desde la sociedad liberal a la guerra civil, rendir testimonio del tiempo de exilio e indagar los caminos de un posible futuro.

CON REALISMO, SIN NOSTALGIA...

Por su compromiso con la República y la democracia, por su testimonio sobre “la experiencia de una generación española”, por su permanente reflexión sobre la tarea del intelectual, por su participación en los debates del exilio o entre el exilio y el interior en torno a la realidad, el problema o el enigma de España, por su vocación e insobornable independencia como sociólogo y como creador de ficciones literarias, Francisco Ayala era el mejor equipado para continuar, de vuelta en España, aquella tarea de escritor público que consistía en “rendir testimonio del presente, procurar orientarnos en su caos, señalar sus tendencias profundas y tratar de restablecer dentro de ellas el sentido de la existencia humana” que había llenado los años de su exilio. Tal vez en ningún otro intelectual español, ni de los que se quedaron en España ni de los que tuvieron que cruzar la frontera huyendo de una muerte segura, pueda percibirse una continuidad más fecunda que en la obra de Ayala, a ninguno le convendría tanto aquel celeberrimo decíamos ayer de Fray Luis de León al retornar a sus clases de Salamanca.

“No he querido cultivar la nostalgia. He procurado ver las cosas con realismo”, dijo a Javier Goñi en una entrevista publicada en *El Socialista*, en 1982¹¹. Con realismo y sin nostalgia, evocando los momentos de su vida sin sentirse nunca aplastado por el peso del pasado; atento siempre a los cambios

¹⁰ “Política y literatura”, *Saber Leer*, febrero de 1987, p. 8.

¹¹ Francisco Ayala, entrevista de Javier Goñi, *El Socialista*, 249 (17-23 de marzo de 1972) pp. 43-45.

sociales y a las nuevas corrientes literarias; dando cuenta otra vez de los acontecimientos que ahora, definitivamente instalado en Madrid, le tocaba vivir, de los nuevos caminos que se abrían a la sociedad española a partir del proceso de transición de la dictadura a la democracia; participando en los debates suscitados por los diferentes avatares que salpicaron el proceso de consolidación de la democracia; llamando la atención sobre los fantasmas del pasado o criticando abiertamente a quienes se mostraban desdeñosos de la política o presumían de ir, desde sus confortables posiciones sociales o académicas, contra el poder, contra todo poder, Ayala se dispuso, con sus setenta años cumplidos, a reemprender su tarea de escritor público, o lo que es igual, y para decirlo de nuevo con Larra, a ilustrar a sus conciudadanos emitiendo por la imprenta una opinión cada vez que la creía fundada.

Lo hizo durante la transición política y en la democracia manteniéndose en la posición de “observador sociológico y de literato que recuerda las condiciones de una época muy diferente de la actual”, o sea, mezclando memoria, experiencia y análisis de la realidad con su insobornable búsqueda de la verdad. De nuevo, como en 1928, a quienes le preguntaban: “El literato, ¿debe estar comprometido?”, respondía: “Comprometido, sí, con su conciencia y con la verdad que sus luces le den a entender. Con un partido político, tal vez como ciudadano, pero no en cuanto tal literato”¹². Como observador crítico y como literato, el compromiso de Ayala es siempre con su conciencia y con la verdad, entendida no como un absoluto que se posee sino como una búsqueda permanente. No habrá habido en su larga vida un principio sostenido con más coherencia que el de la clara distinción entre la literatura y la política, que podría extenderse por idénticas razones a la observación propia del sociólogo, del politólogo o del historiador: por la ficción o por la investigación, el compromiso del intelectual no mira al poder, mira a la verdad tal como sus luces se la den a entender. En ese compromiso fue donde había proyectado Ayala en el exilio su mirada sobre el pasado brutalmente truncado por insurgentes militares contra la República, la misma mirada que años después, de retorno a España, proyectará sobre el incierto presente abierto a la muerte de Franco.

¹² “Literatura y política”, *Informaciones*, 17 febrero 1977.

El mismo Ayala resalta esa continuidad de su obra cuando vuelve a titular con toda intención “España, a la fecha” la serie de cinco artículos que envía a *El País* en noviembre de 1976, evocando lo escrito doce años antes bajo el mismo título. Continuidad que va mucho más allá del título para alcanzar a la “Preocupación de España” de la que las nuevas posibilidades abiertas en la concreta coyuntura del otoño de 1976 no son más que una realización. Doce años antes, en su primera *España a la fecha* había elaborado “una visión cautelosamente optimista del futuro a que España se encaminaba” por la fuerza de las transformaciones económicas y sociales puestas en marcha desde los primeros años de la década de 1960 y de las que fue testigo directo desde su primer retorno del exilio. El moderado y condicionado optimismo a que se refiere en este primer artículo de la nueva serie no puede reducirse a una mera cuestión de carácter ni es la expresión de un determinismo sociológico que vincularía de manera inevitable “la hora del despegue político” a la culminación de un “despegue económico”. Habría que verlo más bien como la posibilidad del cumplimiento de la reflexión iniciada en el exilio sobre la significación histórica, cultural y política, de su propia generación, la que llegó pisando los talones a las del 98 y del 14, reconociendo en ellas a sus maestros sin por eso renunciar a la originalidad de su propuesta, la de hacer de España una “nación moderna”. Poetas, narradores, músicos, artistas plásticos, la gente de su grupo, la generación del 27, o del 30, o de la República, llamada a realizar lo que en sus mayores había sido una consigna, un propósito y en ella aspiraba a ser una plenitud. Nada de extraño, pues, que a los setenta años y en Madrid, y ante la ocasión que de nuevo se presenta a la muerte del dictador de convertir España en nación moderna, Ayala decida asumir la tarea de recordar los lugares y las gentes de aquella generación fatalmente truncada por la guerra y por el exilio, sus amigos.

Madrid fue el lugar de encuentro de aquella gente, y a aquel Madrid volverá Ayala una y otra en sus colaboraciones de prensa, evocando “lo que apenas si hoy existe ya: una «república de las letras» bien trabada, coherente aunque flexible, con sus valoraciones consabidas e implícitas cotizaciones, en un ambiente abierto, liberal, y con un espíritu de sonriente transigencia, pese al

cual todo el mundo sabía demasiado bien quién era quien”¹³. De aquel Madrid de “la vanguardia y de la floración lírica” recordará su amistad con Juan Rejano, todo serenidad, calma sonriente, pausa digna, que había llegado de Córdoba y con quien le puso en contacto otro querido amigo, también andaluz, malagueño, Esteban Salazar Chapela (“Recordado poeta”, *Informaciones*, 22 de julio de 1976). Y Melchor Fernández Almagro, Melchorito como le llamaban los amigos, que le introdujo en el mundo literario, leyó sus primeros manuscritos, le encaminó hacia su publicación y le pidió en nombre de Federico García Lorca colaboración para la revista *Gallo*. Fue Fernández Almagro quien llamó la atención de su colega Enrique Díez-Canedo sobre su primera novela, “que éste halló digna de estimulante comentarlo”¹⁴. Y será a este Díez-Canedo, perdido en París, a quien recomienda que viaje a Valencia y se presente a las autoridades. Y en efecto, el dubitativo ex embajador de la República en Argentina fue, según anotación de Manuel Azaña en sus diarios, el único de los embajadores políticos que “al cesar en su cargo, ha venido a Valencia a saludar al presidente de la República y a ponerse a las órdenes del Gobierno”¹⁵.

Lamenta en alguna ocasión Ayala que el PSOE y su gobierno hayan dejado pasar el centenario del nacimiento de Luis Jiménez de Asúa sin que nadie del mismo partido ni del gobierno asistiera a la melancólica y mal organizada sesión conmemorativa celebrada en el Ateneo de Madrid, donde como personalidades relevantes, solo pudo encontrar a Pedro Laín y a Joaquín Ruiz-Giménez. Jiménez de Asúa, como ya queda dicho, había sido su “maestro eminentísimo” y cerca de él trabajó Ayala como letrado de las Cortes constituyentes y años después como secretario de embajada, para encontrarlo de nuevo, como amigo, en el exilio de Buenos Aires. ¿Cómo era posible que su centenario pasara inadvertido “cuando en el gobierno de esta España libre y democrática está instalado el partido socialistas en cuyas filas había militado, al que él había representado en las Cortes, y en nombre del cual había

¹³ “Evocaciones. Enrique Díez-Canedo”, *Informaciones*, 13 septiembre 1979.

¹⁴ “M. Fernández Almagro, el moro”, *Informaciones*, 15 diciembre 1979.

¹⁵ Manuel Azaña, *La Pobleta*, 17 de junio de 1937, en *Obras Completas*, ed., de Santos Juliá, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, vol. 6, p. 336.

desempeñado tareas arduas, penosas y arriesgadas al servicio de España”? Francisco Ayala no lo podía entender¹⁶.

Tiene el trabajo de memoria que Ayala emprende en estos artículos de prensa una finalidad que va más allá del mero recuerdo de una ciudad y de unas gentes que habían sido en otro tiempo y ya no eran en el presente. Porque en el haber sido de aquella espléndida generación cosmopolita, europea en su cultura, y de aquella ciudad que acogió a tantos poetas, novelistas, músicos, científicos, ensayistas, había algo más que la promesa de otro futuro: ellos eran ya ese otro futuro hecho presente. A la gente de mi edad, recuerda Ayala, “ya no le dolía España en el cogollo del corazón, y hasta le hacía reír la exacerbada retórica de un Unamuno”. Ellos sentían que la dictadura de Primo de Rivera no era más que “el ineficaz último cartucho de un régimen decrepito que debería caer, como cayó, cuando hubiera agotado ese postrer recurso”. Y con el régimen monárquico desaparecerían también los torturados exámenes de conciencia, las exhortaciones a la penitencia, la patéticas fustigaciones, la angustiada pregunta por el ser de España. Ellos se sentían en franquía para “iniciar nuevas maneras de vida, una vida más abierta y desembarazada”¹⁷. Creían, creyó Ayala, que el nacionalismo doliente de las generaciones les precedieron era cosa superada, que era preciso sacudirse de encima el pesado fardo de la nación siempre a la búsqueda de sí misma, de su diferencia, de su ser.

No podían imaginar que, en nombre de la nación, aquella “floración maravillosa”, evocada de nuevo en septiembre de 2005, acabaría en desierto árido tras una espantosa guerra civil a la que Ayala vuelve también en sus recuerdos con el propósito de conjurar, de exorcizar, el temor a su repetición, una amenaza empleada por el régimen de Franco como “ardid a favor de su propia conservación”. Ni la realidad socioeconómica del país, ni el contexto internacional permitían pensar que un conflicto análogo o parecido al de entonces pudiera reproducirse. Era necesario espantar ese fantasma no fuera a ser que, como en la tragedia griega, los esfuerzos para evitar un destino funesto

¹⁶ “Ciertos olvidos”, *El País*, 26 de julio de 1989.

¹⁷ “Consulta sobre una recidiva”, *El País*, 24 enero 1984.

puedan llevar a precipitarlo¹⁸. Y para ese conjuro nada más oportuno que repetir, ahora en España, lo que había argumentado en el exilio, que la guerra civil no fue un destino inexorable, inserto en el mismo ser de España, o de las dos Españas, sino el resultado de una de tantas sublevaciones militares de mal definido alcance político, pronto transformada en guerra por la intervención internacional. Parece indiscutible, escribe Ayala, “que sin la intervención de Italia y de Alemania aquella sublevación no hubiera llegado a convertirse en una guerra civil de casi tres años, sino que de un modo u otro habría quedado liquidada en unos cuantos días”¹⁹.

De modo que estas frecuentes evocaciones de Madrid, de su grupo de amigos “desbaratado y disperso en plena juventud”²⁰, de la República como culminación política de una transformación social, de la guerra como resultado de un golpe militar fracasado y seguido de una intervención extranjera, eran parte de un trabajo de memoria que no trataba solo de reconstituir un pasado en su verdad, sino de servir como una especie de telón de fondo para situarse en el presente con una mirada más clara, liberada de las telarañas de mitos ancestrales o de esencias metahistóricas. También ahora, a la muerte de Franco, era preciso, como ya lo había sido en los años treinta, culminar en lo político un proceso de transformación económica y social acelerada en la década de 1960. Era como si una historia truncada por la violencia de una rebelión militar convertida en guerra civil reanudara su marcha, no como si entretanto no hubiera ocurrido nada, no como si la dictadura para los que aquí se quedaron o como el largo exilio para quienes salieron pudieran entenderse como un paréntesis, un tiempo vacío. Testigo siempre alerta de sus diferentes tiempos, Ayala se negó a abrigar “las ilusiones que se hacían muchísimos exiliados que pensaban en la España que ya había sido y que ya no podía ser más”. El choque para estos exiliados fue brutal, muy duro, como ilustra Max Aub -“de todos los exiliados españoles él fue el más exiliado”, escribe Ayala²¹- en ese libro apasionante, que Ayala considera “su mejor novela”, *La gallina ciega*: no solo

¹⁸ “A vueltas con el terrorismo. Respuesta a una carta ajena”, *Informaciones*, 4 de octubre de 1978.

¹⁹ “Bosnia y la República española”, *El País*, 21 agosto 1993.

²⁰ “Un esplendor final”, *El País*, 25 de noviembre de 1997.

²¹ en “El español Max Aub”, *ABC*, 9 de mayo de 1982.

España, también el mismo Max Aub estaba jugando a la gallina ciega, a apresar la realidad con los ojos vendados. A diferencia de Aub, Ayala regresó como le dijo a Goñi, “porque tenía el deseo de ver la evolución que se estaba produciendo dentro”. Y bien que abrió los ojos para no perder detalle, con realismo, sin nostalgias...

...Y ECHANDO SU CUARTO A ESPADAS

Y tampoco para limitarse al papel de testigo, sino para asumir de nuevo la tarea propia del intelectual, del escritor público que había sido desde su juventud: los intelectuales –afirma, no sin ironía- “tenemos que escribir y publicar nuestras opiniones reclamando así de los demás la importancia que nos otorgamos a nosotros mismos; llamar, en todo caso, la distraída atención pública, esforzarnos en ser gentes de viso, ponernos en evidencia”²². Si bien se mira, todo su trabajo de memoria de su juventud y de su exilio y toda su dedicación a reconstruir una visión de la historia de España liberada del peso de la fatalidad se dirigía precisamente a intervenir en los debates públicos suscitados por la realidad presente, sin escurrir el bulto, sin optar por el silencio.

Lo hará una vez anunciándolo de forma explícita, valiéndose de una de esas “frases hechas o fósiles verbales” que es echar uno su cuarto a espadas, que “significa hoy tanto como entrar, aunque sólo sea un poco al margen, en el juego disputado”²³, en alguna de las muchas polémicas que tuvieron como escenario las páginas de los periódicos en los años de transición a la democracia y después, en la democracia consolidada con gobiernos socialistas, siempre con muchas cuestiones pendientes. En la primera etapa, la más acuciante cuestión fue la del terrorismo, tema, observa Ayala, que los intelectuales españoles rehúyen y que él abordó por vez primera en dos artículos, que “no merecieron ni adhesión ni repulsa”, publicados en *Informaciones*, en enero de 1978, en los que trató a los terroristas como “lobos que vuelven”. Y volverá él otra vez sobre el mismo asunto en el momento más álgido de la mortífera ofensiva de ETA, en noviembre de 1980, aceptando el ofrecimiento de *El País*, que abrió sus páginas

²² “Libertad, ¿para qué?”, *El País*, 2 de abril de 1981.

²³ “Mi cuarto a espadas”, *El País*, 22 de abril de 1987.

al debate después de haber publicado “Los intelectuales ante el terror”, editorial a manera de apostilla a una serie de tres artículos en los que Alfonso Sastre definía la situación en el País Vasco como “verdaderamente una guerra” que algún día habría de terminar para dar paso a “una lucha social armada con otra cosa que armas de fuego y explosivos, con la violencia pero sin otras armas que las de los movimientos decididos por la masas trabajadoras”. Ayala responde directamente a Sastre calificando el principio de que “todos y cada uno de los pueblos tienen derecho a autogobernarse” como un “mero vestigio, un fósil mental”, que sirve como “como retórica convencional en las competencias de poder”. Si Sastre quiere que se le tome en serio, añade, tendría que explicar qué son “los vascos como pueblo”. Y por lo que se refería a ETA, su terrorismo no era para Ayala sino “un caso más” de manifestación de violencia en la sociedad contemporánea, que será preciso estudiar en conexión con tantos otros fenómenos típicos de nuestro tiempo²⁴.

Si no mostró nunca la más mínima ambigüedad ante el recurso a la violencia terrorista, ni apreció nunca en el lenguaje nacionalista más que una retórica convencional en las luchas por el poder, tampoco mostrará ninguna complacencia ni comprensión ante “el tan pregonado desencanto” de que hacían gala tantos intelectuales en el debate público. Esa fue la moda, en efecto, durante algunos años, con José Luis López Aranguren declarando que, buena o mala, la actitud de desencanto era “la única posible para muchos de nosotros”²⁵. Pero Ayala, poco dado al encantamiento, en lugar de refocilarse con el desencanto, lo entiende como la pérdida de inocencia en la que el régimen franquista “nos tenía acunados”. Al desintegrarse aquel mundo, una borrachera de ingenua ilusión se había extendido entre quienes alguna vez creyeron que “con romper todas las prohibiciones y dar rienda suelta a cuanto teníamos reprimido, la soñada felicidad ya estaría con nosotros”. No fue así, evidentemente, y ahora, sigue Ayala, cuando despertamos al mundo real de 1980, nos percatamos que de que no estamos preparados para afrontar sus problemas, que son nuevos y tremebundos. No sabe él si será ventajoso o desventajoso, pero tiene por muy positivo uno de los efectos de la democracia:

²⁴ “El papel de los intelectuales”, *El País*, 30 de diciembre de 1980.

²⁵ José Luis L. Aranguren, “Entre el compromiso y el desencanto”, *El País*, 6 de octubre de 1978.

hacer que el país pueda enfrentarse con su verdadera imagen y conocer su propia realidad, sin ilusorios engaños²⁶.

Estas llamadas al realismo, a no buscar fáciles coartadas una vez desaparecida la dictadura, a no atribuir a los poderes públicos las desventuras que puedan ocurrirnos y a no andar pendientes de que el Estado se encargue de promover y patrocinar la cultura, que es una manera, y no poco eficaz, de dirigirla, serán constantes en sus colaboraciones en prensa durante la década de 1980, que nos devuelven a aquel Ayala que sesenta años antes había llegado a Madrid con las ideas muy claras sobre el valor de la democracia y la tarea de los intelectuales. En el curso sobre “Continuidad y cambio” que tuvo ocasión de impartir en New York University, volvió a llamar la atención sobre un fenómeno cultural que califica como el surgimiento de un “nuevo talante reaccionario”, refiriéndose a todo tipo creaciones y manifestaciones que parecían encaminadas a reafirmar los manidos clisé románticos de la España eterna. Fue primero el desencanto ante la dura realidad que no respondía a lo que quienes había combatido al régimen se habían prometido en “las gratuitas imaginaciones de una oposición forzada a la clandestinidad y privada de toda posible participación”. Y fue luego, a medida que se asentaba “la normalización democrática de nuestra existencia colectiva”, la pérdida por la clase intelectual, dejándola un tanto desorientada, de lo que fuera su gran objetivo, la lucha contra el régimen, con un resultado ante el que Ayala siente cierta perplejidad: en lugar de enfrentarnos con mirada fresca a los pavorosos problemas del mundo actual, “nos abandonamos a vagas actitudes de añoranza” sin que falte quien, empeinado en la costumbre, se muestre, para no variar, dispuesto a declararse en contra de todo o exhibir “una actitud de indiferente o hastiado despegado hacia la realidad, una realidad áspera y dura que difiere mucho de la soñada utopía”²⁷.

Ya en su comentario a las tesis de Sastre sobre la guerra en Euskadi aparecía lo que en poco tiempo se convertirá en uno de los *leit motiv* de sus intervenciones públicas: la crítica a la actitud, muy generalizada entre intelectuales españoles, de manifestarse contra el Poder, de rechazo sistemático

²⁶ “Autoengaño y desengaño”, *El País*, 16 de julio de 1981.

²⁷ *El País*, 13 de mayo de 1986.

de la realidad sin proponer programa alguno de transformación, limitándose a criticar con soberbio, desdeñoso y gratuito apartamiento de todo cuanto la experiencia del mundo real ofrece a sus ojos, de “repudio cerrado y universal de la realidad concreta, efectiva y práctica, con invocación de los ideales o postulación de utópicas abstracciones” que en definitiva resultan ser “una manera disimulada de escapismo”²⁸. Ayala no puede, ni quiere, evitar cierta irritación cuando confronta esa actitud con el “hecho de gran alcance histórico” de la incorporación de España a la Comunidad Económica Europea. Si se recuerda que había sido en sus años mozos testigo y protagonista de un primer reencuentro de España con Europa y que luego, en su madurez, sufrió los efectos de la amputación de aquella España a manos de un nacionalismo militar y clerical que con su política autárquica rompió todas las amarras con el mundo, se comprende que saludara, si no con alborozo, con aplauso las políticas que sacaban “a este país nuestro del prolongado aislamiento y marginación en que se había mantenido desde que perdiera la hegemonía mundial para situarlo de nuevo en el terreno de las realidades contemporáneas, habilitándolo y aun forzándolo a desempeñar ahí un papel activo”. Por eso mostró su acuerdo con la rectificación de “gravoso error inicial” en que incurrieron los socialistas con sus propagandas electorales y por eso afirmó, en el debate sobre la permanencia en la OTAN, que de todas formas España se encontraba ya incluida de manera irreversible dentro del sistema militar de la Alianza Atlántica y que lo seguiría estando, aunque de manera pasiva si se abandonara su participación en el tratado²⁹.

Por debajo de estas críticas al pregonado desencanto y al rechazo sistemático de la realidad pervive un principio que Ayala tuvo claro desde muy joven y al que no renunció, todo lo contrario, en su vejez: “nuestra libertad, como toda libertad, solo puede desplegarse dentro del marco objetivo de las circunstancias dadas, y nunca en un vacío *no man’s land* de la utopía”. No podía entender a quienes, tras veinte años de gobiernos democráticos, seguían por pura inercia “posicionados” contra el Poder, como escribió en “El descrédito del Estado”, un artículo dedicado a Francisco Tomás y Valiente, recién

²⁸ “Compromiso en el vacío”, *El País*, 13 de junio de 1984.

²⁹ “España en Europa”, *El País*, 12 de julio 1985.

asesinado por ETA³⁰. No era, en efecto, una rareza entre intelectuales españoles, comenzando por el mismo Aranguren del desencanto, definir al intelectual como esa tercera especie humana que no se deja fascinar por el poder o, más aún, que está siempre contra todo poder, o todavía más, y como enfatizaba José Ángel Valente, que odia al poder. Ayala creía que todas estas declamaciones mostraban que sobre la intelectualidad española seguía pesando el franquismo, que no se había librado del peso de la dictadura, que “una manera de estar en ese círculo poblado de fantasmas del pasado es ir siempre en contra”. Es posible, admite, que el suyo sea un juicio algo sumario, pero en una situación de normalidad política, inédita hasta la fecha en España, el trabajo arduo y poco grato que competía a los intelectuales debía consistir en “sacar a luz y llevar a la conciencia pública las tendencias que se incoan en el seno de la sociedad actual”. Quienes por inercia ven en el Estado al enemigo, y no al gestor, más o menos acertado, del bien común son los que sostienen que el intelectual “debe colocarse por principio y sistemáticamente -esto es acriticamente- en contra de todo poder; con lo cual, renunciando a un juicio independiente, se cae en una especie de conformismo a la inversa”³¹.

Repudiar la realidad en nombre de la utopía, situarse por principio contra todo poder, le parecía a Francisco Ayala una degradación de la tarea crítica del intelectual, tan rechazable como la de utilizar el arte como arma de la lucha política. Y de la misma manera que siempre se abstuvo de hacer acto de presencia en la vida pública “en cuanto creador literario, en su condición de autor de escritos consagrados a la invención literaria”, emplear el arte poético como instrumento de propaganda le parecía “abusar de tan delicado don, prostituir la poesía”. Esta era lo que él creía y a ello se atuvo “en cuanto norma de su propia conducta”, aun pensara que se trataba de una opinión cuestionable³². Pero de la misma manera que el arte nunca fue para él un arma, tampoco identificó nunca la figura del intelectual como esa tercera especie humana que se pronuncia siempre y por principio contra el poder. Y de nuevo aquí es posible percibir el perdurable eco de una de sus más arraigadas

³⁰ *Saber leer*, junio-julio 1996.

³¹ “Fantasmas del pasado”, *El País*, 10 septiembre 1988.

³² “Las letras como arma”, *El País*, 12 de abril de 1994.

preocupaciones de juventud: la dificultad primero y la imposibilidad después de construir en España un Estado democrático, un poder sostenido en la voluntad libremente expresada de sus ciudadanos. Había costado tanto echar sus fundamentos, había perdido tanta gente la vida en los sucesivos empeños que la enfática declaración de tantos intelectuales alardeando de su posición contra el poder, contra todo poder, le parecía, una actitud que tenía la ventaja de “lucir muy elegante, muy airosa, permitiendo a quien la mantiene situarse desdeñoso, y a poco precio, aparte y por encima del bajo mundo”³³.

Parecida crítica a quienes entienden el oficio de intelectual como repudio de la realidad en nombre de la utopía, la extiende, por similares motivos, a los políticos que de nuevo sacan a relucir el lema de “la tierra y la sangre” para legitimar la *diferencia genética* de un pueblo cuya representación se arrogan. Ayala, como ya queda dicho, consideraba que en España, el nacionalismo tardío de la generación del 98 había sido desplazado por la visión europeísta y cosmopolita de su propia generación, destrozada a su vez por el “rancio, retórico, vacío y repugnante nacionalista españolista” de los vencedores de la guerra civil, al que finalmente “parece haberse renunciado de hecho” en nuestra democracia actual. Fin, pues, del nacionalismo como determinante de la política y del Estado. Pero sucedió que esa bienvenida renuncia se ha acompañado de “un respeto casi absoluto a las idiosincrasias locales” y, en consecuencia, han levantado cabeza otros “nacionalismo de vía estrecha, no más palatables ni menos ridículos y ante cuyos excesos se prefiere hacer la vista gorda”. Y así, ante los horrores causados por los nacionalismos en la historia contemporánea, se pregunta Ayala “si es que hay un nacionalismo que pueda considerarse inofensivo”. Su respuesta es de nuevo contundente: “cualquier nacionalismo, por minúsculo que sea, por mansueto que parezca, por agazapado que esté, encierra el germen de una potencial perversidad capaz, llegado el momento, de aterrorizar a sus más ingenuos secuaces”³⁴. Por eso le resultaba penoso observar la incongruencia de que, en estos días y en este país nuestro, aquellos mismos gestores oficiales del bien común que sin empacho entregaban a las comunidades autónomas cada vez más y más competencias desprendidas del

³³ “Contra el poder”, *El País*, 7 de noviembre de 1990.

³⁴ “No es cosa de broma”, *El País* 12 febrero 1993.

viejo Estado unitario, intentarían satisfacer sus inveterados sentimientos españolistas mediante gestos tan vanos como la patética pretensión de imponer por decreto el himno y la bandera nacionales, en inútil competencia con “la abigarrada turbamulta de himnos y banderas locales que, a falta de mejor causa, entusiasman a los denodados cultivadores de nacionalismos menores”³⁵.

Echando la mirada atrás cuando recibió la carta de un lector con la fotocopia de su entrevista de 1928, Ayala recordaba en 1991 que entre los más jóvenes de su generación había dominado una tónica de ágil aplomo debida a la extendida convicción de que “España, y nosotros con ella, estaba colocada ya en el plano de la actualidad mundial”. Tal era el porvenir que ellos pretendían para España. Pero, matizaba ahora, si dentro de la esfera en la que ellos se movían, la del mundo de la cultura, este era el caso, “la nación como tal seguía situada al margen de la corriente histórica”, una realidad de la que todos muy pronto habrían de padecer los crueles efectos. El padecimiento duró cuatro décadas hasta que finalmente el “súbito deshielo de estos últimos años ha vuelto a abrir las perspectivas de un nuevo desarrollo histórico”. Al cabo, después de tanto tiempo, y por lo que a España concierne, “volvemos a estar –esta vez sí, no solo en lo cultural sino también en lo político- plenamente incorporados a la actualidad mundial”. Francisco Ayala, *escritor en su siglo*, podía volver la vista atrás y encontrarse, cuando su siglo agonizaba, plenamente de acuerdo con las expresiones juveniles vertidas en las respuestas a aquella entrevista que ahora volvía a sus manos³⁶; podía encontrarse, en sus recuerdos, en sus análisis y en sus críticas, sin renunciar a nada de lo que había sido, con el escritor público que siempre fue.

³⁵ “Un esplendor final”, *El País*, 25 noviembre 1997.

³⁶ “Renovación del pasado”, *El País*, 5 de enero de 1991.